

Sintiendo la mano de Dios en mi vida

Hace diez años, mi esposa Dámaris, empezó a trabajar fabricando productos para una alimentación sana.

Al principio vendía poco. Era desorganizada en la devolución de los diezmos y las ofrendas, pues los daba como le parecía. Sin embargo, le pedía a Dios en oración que le enviara muchos clientes, pero nada sucedía; al contrario, las ventas disminuían.

Un día, una persona compró dos quesos de soya y un frasco de mantequilla de maní con un billete de cincuenta mil pesos; pero cuando ella lo llevó al banco comprobó que el billete era falso. Se desanimó mucho, se enojó con Dios; pero finalmente entendió que Dios le estaba mostrando que él es un Dios de orden.

Ya estando en otra ciudad, ella retomó el trabajo de la elaboración de los productos naturales e hizo un acuerdo con Dios a través del Fondo de Inversión: por cada producto vendido, mil pesos (unos 0,25 dólares) serían para él.

Las ventas fueron buenas y en gratitud a sus bendiciones también prometió a Dios aumentar sus diezmos y ofrendas, devolvería el veinte por ciento en diezmos y daría el veinte por ciento del diezmo en ofrendas.

Ella ha sido tan bendecida, que ahora tiene un molino eléctrico y muchos clientes, hasta el punto de que no logra cubrir la demanda de productos. Ha tenido la oportunidad de ayudar a muchas personas con el dinero que le queda después de devolver sus diezmos, sus ofrendas y

el Fondo de Inversión. También ha reservado un millón quinientos mil pesos (unos cuatrocientos dólares) para un proyecto de beneficencia para población vulnerable que tiene con una amiga, a largo plazo. En un futuro cercano quieren trabajar en la rehabilitación de habitantes de la calle, drogadictos, jóvenes y niños sin hogar.

Dentro de sus planes no estaba estudiar, pero Dios le permitió estudiar Psicología. Por su gracia, se ha convertido en una profesional ayudando a muchas personas a salir de situaciones difíciles en sus vidas. Dios la ha dirigido de manera extraordinaria conduciendo paso a paso su vida y la de su familia, librándola de accidentes y de tomar malas decisiones que hubiesen acabado con su futuro. Nuestros hijos también están en el Fondo de Inversión. Cada mes da ocho mil pesos (dos dólares) por los dos. Están sanos, no se han enfermado y han prosperado en sus estudios. Nada nos ha faltado.

Cuando decidimos ser fieles a Dios e invertir con él, él nos bendice tanto y de tantas formas que nos convierte en bendición para los demás.

Es real, invertir con Dios da resultados.